

Identidad y tradición cultural en el México contemporáneo

Eduardo Andrés Sandoval Forero

15



México, al igual que todos los países latinoamericanos, posee bastas tradiciones culturales, las cuales en parte se reflejan en su folclor, artesanía, música, danza, pintura, gastronomía y festividades como la del día de los muertos.

En la historia de la humanidad existen tres hechos que por lo inexplicables, entrañan un gran misterio, son éstos: el origen del hombre, el sentimiento del amor –en su sentido más amplio–, y la muerte.

En la región mesoamericana, los antropólogos han encontrado un marcado interés por el tema funerario. Así vemos que en el códice mayliabecchiano se registra que los meses nueve y diez eran dedicados a celebraciones mortuorias. Puede decirse que el tema de la muerte constituye uno de los elementos más importantes en la expresión artística y religiosa de Mesoamérica.

Presente en toda la cosmogonía prehispánica, la muerte se asume como otra forma de vida. Los poetas declaman a la vida y la muerte como una dualidad que integra una sola realidad.

El mundo de los muertos está en relación constante con el de los vivos, a partir del principio de que la forma de morir y no de vivir, como sucede en el cristianismo, es lo que determina el lugar que se ocupará en el mundo de los muertos.

El culto a los antepasados

Aunque en dependencia del ámbito social, el área geográfica, grupo étnico, clase social, nivel académico, dimensión demográfica, capacidad económica, motivación personal, filiación religiosa e interés político, en su generalidad en México se realizan infinidad de ceremonias que en común rinden culto a la muerte. Unas con arraigo tradicional, otras con carácter novedoso, artístico y hasta turístico, pero que se sustentan en los orígenes prehispánicos.

El significado religioso del culto a los antepasados tiene su comprensión a partir de una concepción profunda de la vida, la cual ha encontrado en el devenir de la humanidad, expresiones vigorosas entre los pueblos indígenas del pasado y del presente.

Existe una estrecha relación entre la comunidad y sus antepasados, si consideramos que éstos aparecen integrados a la vida comunitaria y que, de alguna manera, comparten su existencia.

En honor a sus antepasados, los hombres prehispánicos han dejado su huella en esculturas, máscaras, montículos, códices, tumbas y ofrendas colocadas a los muertos en diferentes momentos.

Entre los tesoros prehispánicos que aluden a la muerte, sobresale la “Cuatlícue”, diosa de la tierra, de la vida y de la muerte, hallada en la tumba siete de Monte Albán. De igual valor la “cabeza de la vida y de la muerte”, encontrada en Oaxaca, hecha de arcilla, con la representación de la vida en el rostro derecho y la muerte en el izquierdo.



Junto a esta riqueza arqueológica se ponen de presente las maravillas culturales de los sobrevivientes indígenas, sucesores de las extraordinarias civilizaciones prehispánicas y herederos de una basta cultura ancestral que han contribuido, a pesar de sus quinientos años de soledad, a la conformación de una identidad del mexicano.

Eduardo Andrés Sandoval Forero. Licenciado en Antropología Social y Maestro en Estudios Latinoamericanos. Coordinador del Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Ciencias Políticas y Administración Pública de la UAEM. Autor de *Familia Indígena y unidad doméstica* y *Cuando los muertos regresan*.

La celebración del día de muertos

La celebración del Día de Muertos es una tradición típica de México que tiene sus inicios en la época prehispánica. A partir de la colonización española, se establece un sincretismo religioso que influye en esta celebración. En el siglo XX vemos aparecer la influencia cultural norteamericana con la celebración del día de halloween, principalmente en las ciudades. Esta fiesta de las brujas, de origen estadounidense, coincide en el calendario con la celebración de los muertos: 1 y 2 de noviembre. Muchos niños, disfrazados de brujitas, se dedican a recorrer las calles, y a tocar las puertas de las casas con sus chilacayotes y calabazas en forma de calavera, pidiendo dulces y monedas.

La mezcla de la tradición mexicana con elementos externos, es posible entre otras razones, porque la vida de los pueblos es dinámica y se va construyendo con cambios internos e influencias de otras culturas, de-

pendiendo de las condiciones sociales, culturales, económicas y políticas de cada momento histórico.

La formación económica y social mexicana, hace posible la presencia de diversos grupos, clases, estamentos sociales y etnias con sus correspondientes manifestaciones culturales y grados de influencias o préstamos de otras culturas. Por ello podemos apreciar, en la celebración del día de muertos, el esplendor tradicional del florido panorama en las comunidades indígenas, con sus respectivas ofrendas donde están vivos los muertos, participando de las necesidades vitales como son el comer y el beber.

También es posible compartir la celebración en las ciudades, que se caracteriza por la presencia de ingredientes típicamente urbanos, de algunos majestuosos altares, de calaveras de dulces y del delicioso pan de muertos hecho exprofeso para tales días.

De igual manera es factible ingresar al cementerio, espacio simbólico de religiosidad e interacción del mundo viviente con los muertos. El panorama del interior y del exterior constituye verdaderas ferias populares ya sea en el campo o en la ciudad.

En las zonas rurales, y en particular en las comunidades indígenas, la celebración del día de muertos en gran medida refuncionaliza la dinámica familiar. El rol de la

mujer, principalmente de la madre, marca rasgos particulares de identificación de la tradición con la familia a través de las diferentes funciones que cumple al interior de la unidad doméstica. Se encarga del aseo, compra de ingredientes para la ofrenda, preparación de alimentos, arreglo de la casa, colocación de la ofrenda y de todas aquellas otras actividades que hacen posible la continuidad de la tradición religiosa-cultural en la familia.

La celebración se hace a los difuntos, no a la muerte. La organización de tal evento obliga a la realización de una serie de actividades familiares y sociales que se ejecutan con varios días de anticipación. Esta dinámica incluye el retorno masivo de migrantes nacionales e internacionales que contribuyen a continuar y al mismo tiempo a transformar la festividad, en la medida que aportan económicamente para la compra de productos y a la vez manifiestan elementos culturales ajenos a sus comunidades.

El principio básico de la tradición parte de la concepción de que todos los muertos visitan las casas de los vivos para participar juntos en la fiesta. Por ello son indispensables los altares en ofrendas. Se ofrecen a los antepasados sus alimentos, bebidas, frutas y dulces predilectos. Acompañan velas de cera limpia, copal, intenso olor a incienso,



pan de muerto en forma de muñecos, de luna, redondos con cruces, flores silvestres, tamales, golosinas, pulque, cerveza, aguardiente, tequila, atoles, flores de cempasúchil, nubes, gladiolas, terciopelo, flor de coronillas, mole, elotes, refrescos, camotes, cigarros y todos aquellos alimentos propios de la región.

A las ofrendas para los “muertitos”, les colocan pan con figuras de niño, dulces, leche, juguetes varios, cuadros de angelitos y fotos de niños muertos.

El lúgubre doblar de las campanas invita a las familias a que se presenten en el atrio de la iglesia para posteriormente dirigirse al sepulcro del cementerio. Allí limpian cuidadosamente las tumbas y colocan las ofrendas correspondientes, encienden cirios, depositan flores, arrojan agua bendita y después ofrecen oraciones a los difuntos. Los cementerios se ven colmados por multitudes que frecuentemente amanecen en ellos.

Los alimentos que suelen ser colocados en las ofrendas, satisfacen el hambre de los difuntos, ellos toman la esencia de la comida y de esta manera consumen lo ofertado por familiares vivos. Las bebidas calman la sed de los muertos, por eso bajan de nivel en el recipiente que son colocadas. Las veladoras le dan la pureza, y el camino de flor

de cempasúchil le indican la entrada de la casa hasta el lugar donde se encuentra la ofrenda para que el difunto no se pierda. Igualmente la cruz ayuda al muerto a encontrar el camino y simboliza el permiso para que el alma del muerto pueda salir del cielo.

El pan es el símbolo de invitación fraternal para con el recién llegado. Las flores significan la pureza y ternura. El copal y el incienso alejan a los malos espíritus, es elemento de alabanza, representa la ofrenda a Dios y une al que lo ofrece con el que lo recibe. El agua, fuente de vida, se brinda a los difuntos para que mitiguen la sed, producto del largo camino.

El 2 ó 3 de noviembre, los alimentos colocados en las ofrendas son retirados e intercambiados con familiares y amigos. La socialización que traspasa al grupo familiar, sin lugar a dudas estrecha vínculos parentales y de amistad a través de la participación en estos rituales públicos, al igual que con el intercambio de los productos de las ofrendas.

Estas ceremonias y ritos son mecanismos de socialización, mediante los cuales se manifiesta colectivamente un pueblo en torno a sus antepasados y a la forma de concebir actualmente la dicotomía vida-muerte como expresión de identidad reli-

giosa-cultural. De los diversos rituales públicos que se relacionan con la religión católica, el del culto a los muertos y al de la guadalupana, representan por su magnitud e incidencia social, satisfactores culturales y sociales que infiltran confianza espiritual en el individuo, familia y población creyente en general, lo que de otra manera complicaría la existencia con relación a la vida y a la muerte. El ritual que se realiza en el día de muertos, se constituye por el individuo, los espíritus de los muertos, los elementos creados por el hombre como velas, ceras e imágenes, y los obtenidos de la naturaleza como las flores y el agua. La acción del rito, como fuerza cósmica y mental generada a través del comportamiento colectivo, se sitúa en el punto de convergencia de la naturaleza, la sociedad, la cultura y la religión. Condensa el hecho mediante el cual el hombre se somete a la divinidad, como individuo o grupo familiar, en acto socialmente sancionado y aprobado por la colectividad.





De esta manera, la práctica ritual, combinada con las ceremonias y ofrendas, transmiten un proceso cultural en el que la mayoría de la población participa como parte de la vida social de México. Diversas instituciones sociales, culturales y educativas aportan su cuota de participación mediante la colocación de ofrendas, como las que año tras año exhiben los alumnos y maestros de la Facultad de Turismo y la Escuela de Antropología en el patio de Rectoría y Biblioteca Central de la UAEM. De igual importancia son los concursos que las preparatorias y otros centros culturales convocan sobre ofrendas, calaveras, cuentos y trabajos escritos sobre el tema. Obras de teatro como “El fandango de los muertos” y las diversas representaciones artísticas que suelen hacer presencia desde la última semana de octubre, son trabajos elocuentes de la continuidad de una tradición que identifica al mexicano.

Al respecto, amerita mención especial la reconocida “Feria del Alfeñique” que para tal ocasión se instala en los portales de la Ciudad de Toluca. Los artesanos del dulce, convertidos en verdaderos artistas, confeccionan esqueletos, calaveras, tumbitas,

animalitos, representaciones de músicos, orquestas y diversos profesionistas, hechos de telas, papel, chocolate, frutas, madera, barro, chicle y otros ingredientes de consumo popular.

Haciendo abstracción de los dictados científicos del actuar del hombre, en el México contemporáneo sigue vigente la muerte como dulce compañera y como inexorable enemiga que hace que le teman y entren en angustia ante la vida, a la vez que juegan, la ridiculizan y se burlan de ella. Popularmente designan a la muerte con apodosos irónicos e irreverentes como la calaca, pelona huesuda, pelada, la flaca, dientona, catrina...

Prueba de ello son las sátiras, bromas, burlas, sonetos, metáforas, cantos, dibujos, caricaturas y parodias que en calaveras y esqueletos representan a políticos y personajes populares del país, estado o ciudad. En los primeros días de cada mes de noviembre, abundan por todas partes los versos llamados “calaveras”, que significativamente y a manera de ofrenda, adelantan el juicio post-mortem, aprovechando para poner énfasis en la crítica aguda pero certera, con todo el ingenio mexicano en donde la muerte está presente pero ha perdido el poder de intimidar y se ha convertido en la fiel colaboradora de artistas que contribuyen a establecer la justicia sobre la tierra.

Es así como en el mosaico cultural nacional, la celebración del Día de Muertos se realiza con tradiciones prehispánicas, ascendencia colonial-religiosa, influencia norteamericana y con la ironía, sátira y albur, propios de los mexicanos del siglo XX.

Todo este elenco de celebración, reflejo de la pluriculturalidad en México, impresiona a cualquier extranjero que de manera sorprendente contempla la participación social, familiar o individual, dependiendo del medio en que se encuentre. Mayor es su sorpresa cuando observa la gran variedad de calaveras, elaboradas de azúcar, chocolate, camote o amaranto, con el nombre de un amigo, padre o hijo y que de manera natural son obsequiadas y consumidas con el placer de saborear un succulento dulce en forma de esqueleto.Δ

